

—Quereis mas aguardiente? preguntó la voz cascada de una viejecita que habia estado á la puerta de la trastienda escuchando la conversacion de los amigos.

—Trae mas, buena vieja, dijo el Pípilo, que pagamos triple de lo que vale, y arrojó unas monedas de plata sobre el mostrador.

La vieja sirvió con un gran botellon el licor.

—Qué me decís de noticias?

—Hola! ¿con que os interesais en la revolucion?

—El señor cura Hidalgo ha sido mi confesor y yo por él daría la vida.

—Un trago por la patrona!

—Sea, dijeron los camaradas.

—Gracias, señores insurgentes, mil gracias. Acaba de llegar un amigo que trae algunas nuevas.

—Hable la vieja.

—Dice que el señor don Félix Maria Calleja organiza á todo correr su fuerza para atacar al señor cura.

—Pronto estallará en san Luis la revolucion.

—El señor brigadier ha previsto lo mismo y ha sacado á la tropa á una hacienda próxima con objeto de instruirla; pero todos adivinan que tiene temor de un pronunciamiento.

—No importa, ya veremos las cosas.

—Agregan que el señor virey Venegas, ha reunido cuanta tropa ha podido, y el señor Flon, conde de la Cadena, está ya en Querétaro de donde saldrá á reunirse con Calleja, y juntos darán batalla al ejército de Hidalgo.

—No está mal pensado.

—Yo no sé de guerras; pero sé que pueden mas los *muchos* que los *pocos*, y si los insurgentes quisieran pelear primero con Calleja y despues con Flon, les seria mas sencilla la victoria.

—La patrona sabe mas de lo que le han enseñado.

—Hay cosas muy claras ¿no es verdad?

—Clarísimas, dijo el Pípilo.

—Yo, señores insurgentes, repito que nada comprendo; pero creo por otra parte, que estando sola la capital.---

—Ese es el pensamiento del señor Hidalgo, tomar la capital; una vez dueño de ella, todo está terminado, no es lo mismo tomar trincheras que defenderlas.

—Es la verdad.

—Pues hacedle esas observaciones al señor Allende y decidle que la persona á quien conoció en Celaya y lo llevó al convento del Cármen, se ha encargado de espiar los movimientos todos del enemigo y le dará cuantos avisos sean oportunos para evitar un desastre.

—Malo, pensó Lino, aquí hay gato encerrado.

—Me estais pareciendo sospechosa, tras de vuestros espejuelos creo adivinar una realista.

—Jé! jé! jé! dijo la vieja, os chanceais, señor de Marroquin.

—Vive Dios que os ha de costar cara vuestra risa!

—Tú nada puedes contra mí, te conozco y conocí á tu padre.

—Quién eres?

—Nadie, una pobre vieja que dió sepultura á tu hermano y á tu padre cuando sus cadáveres fueron arojados al camposanto de san Pablo, como despojos del tormento.

Marroquin sintió helársele la sangre y un temblor nervioso recorrió todo su cuerpo.

—He oido tu juramento, continuó la vieja haciendo mas templado el eco de su voz, y yo sé que tiene de realizarse; el inquisidor Clavijero está aquí, búscalo y si el destino lo pone en tus manos, mátales!

Los toreros y el barretero estaban temblando.

—Ha llegado esta noche un espía del Santo Oficio y del gobierno, no lo perdais de vista y estad alerta.

—Su nombre?

—Prometedme respetarle hasta que Dios ó la suerte depare su fin.

- Lo prometemos.
 —Pues bien, ese miserable es el padre Cipriano Pontolongon.
 —Siempre él! gritó el mulato.
 —Siempre él! repitió la vieja, y adios, ya nos encontraremos.
 —No sin ántes decirme quien eres, gritó Marroquin influenciado por las palabras de la bruja.

La vieja mató la luz y todo quedó envuelto en una densa oscuridad.

II.

- Aquí está el mechero, dijo Lino el mulato prendiendo una pajuela y acercándola á la lamparilla.
 —Demonio! dijo Marroquin, estoy temblando.
 El mulato soltó una carcajada.
 —Te ríes?
 —Sí, porque esa vieja es la madre Paulina.
 —Satanas cargue contigo, bruja de los infiernos!
 —Cuidado, que esa mujer nos puede ser de mucha utilidad.
 —Su lenguaje revela que tiene talento.
 —Es necesario guardar un profundo secreto, dijo Saca-vueltas, yo le tengo miedo á la bruja.
 —Y yo, dijo el Pípilo.
 Oyóse parar un caballo á la puerta de la tienda, apearse un ginete y sonar tres golpes á la puerta.
 —Quién? gritó Marroquin.
 —Un compañero y amigo que pide hospitalidad por esta noche.
 Saca-vueltas abrió la puerta, y un personage obeso, de cabeza de toro, labios gruesos y cútis arrebolado se presentó en la tienda.
 —Pase el caballero.

—Soy insurgente que viene á presentarse al señor cura Hidalgo para lo que se ofrezca, traigo un buen machete, un par de pistolas y un corazon como hay pocos.

Lino reconoció al momento al padre Pontolongon y se escurrió por la trastienda, no sin decir al oido del Pípilo: "este es el espía."

- No habeis estado en el ataque?
 —Sí que estuve, y vive Dios que estuvo bueno el jaleo!
 —Y qué os habeis hecho que aun no veis al señor cura?
 —He estado ayudando á la tropa que ha trasladado á todos los presos europeos al castillo de Granaditas.
 —Al castillo?
 —Sí, el general Allende ha mandado disponer todo para su custodia en ese edificio, donde se ha colocado guardia.
 —Es el lugar mas seguro.
 —Y de donde viene el señor insurgente?
 —De Valladolid.
 —Y qué cuenta de esa tierra?
 —Nada y mucho, ya está excomulgado el señor Hidalgo y todo el ejército.
 —Eso no importa, dijo Marroquin.
 El clérigo hizo un gesto marcado de disgusto y que disimuló perfectamente.
 —Nos aguardan á mano armada?
 —Puede ser, eso se pensaba á mi salida.
 —Hay algunas fuerzas?
 —Muy pocas; pero se contaba con el vecindario.
 —Eso no vale nada.
 —Efectivamente, nada vale; ¡el señor cura cuando sale?
 —No lo sabemos, somos soldados y cuando se nos dice "en marcha," sin preguntar nos ponemos en camino y nada mas.
 —Bien hecho.
 —Supongo, dijo el Pípilo, que traereis gana de cenar y remojar el gaznate.

—Eso, eso precisamente, respondió en el acto el padre Pontolongon.

—Pues al ataque, dijo Marroquin, y sirvió un gran vaso de aguardiente al clérigo, que le sorbió con una prontitud admirable.

—Sois del arma, compañero, dijo Saca-vueltas.

—No lo hago tan mal.

—Pues otro, que yo os hago compañía.

—Adelante! y tomó otro vaso que contenía una porción considerable de aguardiente.

El maestro de aposentos era buena espada para la bebida; pero falto su estómago de alimento, no tardaría en comenzar á atarantarse.

—Tomad esa tajada y ese trozo de queso, que no os vendrá tan mal que digamos.

—Ya se ve que no, dijo Pontolongon, y de tres dentelladas se sopló el queso y la tajada.

—Donde está Lino? preguntó por lo bajo Marroquin.

—Se ha ocultado, contestó el Pípilo, ese hombre lo conoce, es el padre Pontolongon.

—Maldito sea! gritó Marroquin, dando con su sombrero sobre el mostrador.

—Cáscaras! ¿qué sucede? preguntó asustado el clérigo.

—Nada, que me acuerdo de la zurra que les pegamos á los defensores de Granaditas.

—Estuvo de primera, respondió el clérigo, lamiéndose los labios de rabia.

—Ya asegundaremos con los demas, dijo Saca-vueltas intencionalmente. Y como os llamais?

—Cipriano Pontolongon, presbítero como el señor cura Hidalgo, para serviros.

—Gracias.

—No hay duda, murmuró el Pípilo, es nuestro hombre. Y sois capaz de pelear?

—Con el mismo demonio, respondió el espía.

—Ya nos veremos en el primer encuentro.

—Nos veremos, dijo el clérigo dando un golpe sobre el puño de su espada.

Aquella mimica dejaba sin embargo descubrir su cobardia.

—Otro vaso, amigo.

—Otros tres, que á mí nada me arredra.

—Cuántos habeis dicho?

—Tres!

—No sois capaz de cumplirlo.

—Véamos.

Marroquin llenó los vasos, que quedaron vacios á la primera de copas.

—Y va uno! dijo el Pípilo.

—El segundo! gritó Marroquin.

—El segundo, repitió el clérigo.

Al concluir el torero de apurar el licor, su cabeza se trastornó por completo, el gas subió instantáneamente y comenzó á vacilar hasta desplomarse.

El padre Pontolongon estaba amenazado de apoplejía.

—Yo concluiré por Marroquin, que está fuera de combate, dijo Saca-vueltas.

—Sea, dijo el clérigo, pero todos y á la vez.

El Pípilo, que no era gran bebedor, estaba ya ebrio; sin embargo, tomó el vaso, y á una señal todos bebieron.

Saca-vueltas cayó redondo á pocos momentos, el Pípilo clavó la cabeza en el mostrador y el clérigo quedó dueño del campo.

Cuando vió á todos en tierra se puso á esculcar los papeles que traian en las bolsas y encontró una orden reservada de Hidalgo, para que haciendo Marroquin una marcha falsa sobre Querétaro con la vanguardia del ejército, convergiese hácia Valladolid rápidamente para ocupar la ciudad cuando ménos se le esperase.

El clérigo sacó su cartera y escribió con lápiz algunas líneas, salió á la calle y entregó la esquila á su asistente, que montado en un buen caballo desapareció con la prontitud del relámpago por el camino de Valladolid.

CAPITULO XX.

LA VOZ DE ALARMA.

I.

Dicen unos manuscritos de aquella época "que el lunes 8 de Octubre de 1810, salió de Guanajuato una vanguardia de tres mil hombres á las órdenes de don Mariano Jimenez, hecho coronel por Hidalgo, y este lo siguió con los demas generales y toda su gente el dia 10, llevándose todo el dinero que tenia, y treinta y ocho españoles: los demas con los que se continuaron trayendo de todos los puntos de la provincia, quedaron en la Alhóndiga, en la que se reunia el número de *doscientos cuarenta y siete* europeos.

Díjose que la marcha era sobre Querétaro; pero tomando hácia el Sur, dividida la gente en dos trozos, se dirigió á Valladolid por el Valle de Santiago y Acámbaro, engrosando su número los indios y gente del campo de todos los lugares del tránsito."

Grande era la alarma que reinaba en Valladolid desde que se supo el movimiento revolucionario.